

Homilía de MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, obispo de Córdoba,
en la Santa Misa del Encuentro Diocesano de Laicos,
Córdoba 7 de octubre de 2017

Saludos

“Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). Bajo este lema hemos sido convocados en esta Jornada del Encuentro Diocesano de Laicos de la Diócesis de Córdoba.

Después de un largo camino juntos, donde ha habido participación de muchos, hemos llegado a este día señalado, desbordando todas las previsiones de asistencia y de participación, con el deseo de que esta Jornada traiga frutos abundantes a nuestra diócesis de Córdoba, sobre todo en el protagonismo de los fieles cristianos laicos, que son la Iglesia en el mundo.

Agradezco especialmente a la Delegación diocesana de Apostolado Seglar y a la Comisión preparatoria de este Encuentro la dedicación y el esmero con el que han preparado todo, a fin de que todos podamos experimentar qué bella es la Iglesia, qué bonito es vivir la unidad de esta Iglesia en medio del mundo, para ofrecer un testimonio a nuestro mundo tantas veces dividido de que es el amor el que construye, nunca el odio y el enfrentamiento.

Un pueblo que alaba a Dios

El punto de unión de todos los aquí presentes es la fe en Jesucristo, nuestro Señor, que nos ha revelado el rostro de un Dios Padre misericordioso y nos ha dado su Espíritu Santo, como alma de la Iglesia, que nos une en un mismo corazón. Hemos venido a alabar a Dios, hemos venido a adorarlo, hemos venido a vivir el misterio de la Iglesia que en cada una de nuestras parroquias vivimos cada domingo y cada día. Nos hemos reunido para alabarle en medio de la asamblea litúrgica de esta Eucaristía. Venidos de todas las parroquias de la diócesis, de la Sierra y de la Campiña, del Valle y de la Ciudad.

Hemos empleado la mañana en la reflexión atenta de nuestra misión como Iglesia en el mundo, destacando especialmente la misión de los laicos en el campo de la familia y de la vida, en el campo de la educación que incluye la transmisión de la fe y toda una concepción antropológica del hombre y de la vida, en el campo del acercamiento a los pobres, a los que la Iglesia se siente especialmente enviada,

para ponerlos en el centro de la vida de la Iglesia, como nos recuerda continuamente el Papa Francisco.

Una procesión de las cofradías y hermandades de la diócesis ha señalado el carácter peregrinante de nuestra vida, en torno a Jesucristo sacramentado, vivo y glorioso, y acompañados por su Madre bendita en la imagen de la Virgen de la Fuensanta, patrona de Córdoba. Y hemos llegado hasta este lugar, porque no cabíamos en otro sitio. Gracias a quienes nos acogen en este Coso, convertido hoy en Catedral de toda la diócesis de Córdoba. A la celebración de la Eucaristía seguirá un concierto de música testimonio, que exprese el carácter festivo y gozoso de nuestro Encuentro.

Cuando he visitado todas las parroquias, una por una, en estos pasados siete años de Visita pastoral, he podido estrechar la mano de miles y miles de seglares, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, que viven su fe en torno a su parroquia, en grupos apostólicos asociados y en comunidades, en torno a las cofradías y hermandades y en grupos que amplían entre los laicos la familia religiosa de los distintos carismas. He constatado que la presencia de la Iglesia y su acción benéfica para la sociedad en esta diócesis de Córdoba es inmensa, aunque a veces quiera minusvalorarse o incluso silenciarse. Hoy delante de toda la diócesis aquí representada, delante de todos los medios de comunicación quiero decir alto y claro:

Iglesia santa de Cristo, que vives en esta diócesis de Córdoba, gracias por tu fidelidad al Evangelio, gracias por tu impulso misionero, gracias por tu testimonio de caridad.

Gracias por el celo de tantos seglares que transmiten el Evangelio en el seno de la familia, y lo viven día a día. Gracias por tantos catequistas –miles y miles, en todas las parroquias, por toda la diócesis- que dedican su tiempo a la transmisión de la fe, preparando niños para la primera comunión o adolescentes para la confirmación, o novios para el matrimonio. Gracias a todos los que dedicáis tiempo a alimentar vuestra fe en grupos pequeños esparcidos por toda la diócesis.

Gracias a todos los que entregáis vuestro tiempo, horas y horas, para atender a los pobres de nuestros días, en las antiguas y nuevas pobrezas: esos pobres que vienen a la parroquia buscando atención primaria y alimentos, a los que no tienen techo y duermen entre cartones y os acercáis a ellos en la UVI social, a los comedores de Trinitarios y de la Virgen de Araceli en Lucena, de Caritas de Cabra y Cáritas de Montilla, y al albergue Madre del Redentor y residencia San Pablo de Cáritas diocesana. Y sobre todo, gracias por la atención personal que ofrecéis a cada uno de ellos. Los pobres confían en la Iglesia, porque saben que cuando todas las puertas se cierran, todavía sigue abierta la puerta y el corazón de la Iglesia, de los

voluntarios de Cáritas o instituciones de Iglesia. “Lo que hagáis a uno de estos mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis” (Mt 25).

El motor que mueve la historia y es capaz de transformarla alumbrando un mundo nuevo es el amor, no el odio. No necesitamos adoptar el método marxista para el análisis sociológico o para inyectar utopía en la sociedad de nuestro tiempo, suscitando la lucha de clases, alimentando el odio de unos contra otros y el conflicto permanente. No. Tenemos el gran mandato de Jesucristo: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (Jn 13,34), y para eso nos ha dado su Espíritu Santo. Un amor que nos desinstala de nuestras posturas burguesas y nos pone a la altura de nuestros hermanos más pobres y necesitados. Un amor que nos frena ante el consumismo y el deseo desordenado de placer, porque nos recuerda que hay tantos hermanos que no tienen ni siquiera lo necesario para sobrevivir hoy, estando cerca o lejos geográficamente de nosotros. El amor iguala a unos con otros, tiende puentes, allana el camino. El odio, por el contrario, separa y establece barreras, genera rupturas y enfrenamientos. Elegid siempre, queridos hermanos fieles laicos, el camino del amor y llevadlo hasta sus últimas consecuencias. Estamos viendo hasta donde llega el odio cuando se instala en la convivencia de nuestra patria.

Unidos para que el mundo crea

Es fundamental en nuestro tiempo que los cristianos vivamos nuestra fe en Cristo fundamentados en su Amor, partiendo de su Corazón traspasado y llegando hasta sus últimas consecuencias. El testimonio principal es el de la unidad en el amor fraterno. El Espíritu Santo suscita en la Iglesia multitud de gracias y carismas, que confluyen en la edificación de un solo Cuerpo, el Pueblo de Dios, nuestra Santa Madre la Iglesia.

En medio de un mundo que se aleja de Dios y por ello se acarrea su propia desintegración, los cristianos estamos llamados a vivir la unidad en el amor. La unidad respeta la diversidad. La distinta floración de carismas en la Iglesia no debe llevarnos a la rivalidad o a la competitividad entre nosotros. Nos alegramos de que existan, y buscamos entre todos cómo coincidir en la misión propia de la Iglesia - la evangelización- en un testimonio continuo de unidad. Si no estamos unidos, si actuamos por rivalidad de unos contra otros, la evangelización no avanza, queda obstaculizada por nuestros pecados. Si, por el contrario, trabajamos unidos aportando cada uno, cada grupo, cada comunidad su propia riqueza y estimando los carismas que los demás han recibido, quizá no crezca tanto nuestro grupo, pero habrá crecido la Iglesia, habrá crecido el testimonio principal al que estamos llamados, habrá crecido la evangelización de nuestro mundo contemporáneo.

Hemos de afrontar juntos la preciosa tarea de poner a Dios en el centro de nuestros corazones y de nuestra sociedad. No imponemos nuestra fe a nadie, tendemos

nuestra mano fraterna y solidaria a todos nuestros conciudadanos, pero no podemos replegarnos a nuestros cuarteles de invierno con la que está cayendo. El laicismo aspira a eliminar a Dios de la esfera pública y arrancarlo del corazón del hombre. Es el dragón rojo del Apocalipsis, con siete cabezas y diez cuernos, que persigue a los discípulos de Jesús para devorarlos (cf Ap 12). No tengamos miedo, porque la Mujer –María, la Iglesia- nos protege siempre. Tengamos presente el testimonio de tantos cristianos perseguidos en el mundo, que se mantienen firmes en su fe hasta derramar su sangre. Nunca la Iglesia en su historia ha vivido tantos testimonios martiriales. Es un signo claro de que estamos ante una nueva primavera de la Iglesia, porque la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos.

Es urgente recuperar el valor permanente de la familia, como nido del amor, donde el hombre y la mujer, unidos por un amor perpetuo y para siempre, bendecidos por Dios en el sacramento del matrimonio, están abiertos generosamente a la vida, repoblando nuestros pueblos y ciudades. Cómo no darnos cuenta de la enorme catástrofe que supone el invierno demográfico, donde no alcanzamos la tasa de natalidad necesaria para sobrevivir. Es preciso superar el egoísmo de una la mentalidad antinatalista, que deriva en anticoncepción, en aborto procurado, en considerar al hijo como un capricho. Los hijos siguen siendo un don de Dios. Los hijos son engendrados, no fabricados. Desde todas las instancias hemos de colaborar en fortalecer los lazos familiares, que son los que dan cohesión a la sociedad y hacen felices a las personas. El testimonio de tantos esposos, que viven su fidelidad en medio de las dificultades, el testimonio de tantos padres que administran las fuentes de la vida para trasmitirla generosamente, y acogen a sus hijos con tanto más cariño cuanto mayor sea su desvalimiento. El testimonio de tantos hijos adultos que aman y respetan a sus mayores, que los atienden con amor hasta su muerte natural. Todo ello constituye un panorama que llena de esperanza al que lo contempla. La familia no es un problema, la familia es la solución.

En el campo de la educación, no podemos aceptar el principio totalitario de una “escuela única, pública y laica” para todos. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos y tienen derecho a la libertad en la educación para educar a sus hijos según sus propias convicciones, también según sus convicciones religiosas. Los hijos son antes de los padres que del Estado, y no podemos admitir la ideologización, que puede generar verdaderos monstruos, si no se atiende a las exigencias biológicas y al desarrollo normal de nuestros hijos. “La ideología de género –recuerda el Papa Francisco- niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Ésta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia. Esta ideología lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer... No caigamos en el pecado de pretender sustituir al Creador. Somos creaturas, no somos omnipotentes. Lo creado nos precede y debe ser recibido como don” (Papa Francisco, *Amoris laetitia*, 56).

No podemos aspirar a la “utopía de lo neutro”, que tiende a borrar la diferencia del varón y de la mujer, rompiendo la ecología de la convivencia humana (Papa Francisco, *A la Academia de la Vida*, 5 octubre 2017).

En el campo del acercamiento y atención a los pobres la Iglesia se juega su credibilidad. En los años recientes de la crisis, si no existiera Caritas habría que inventarla. Hemos llegado a cotas de atención primaria de un 25 % de la población total. La generosidad de todos ha aliviado las estrecheces de muchos. Aprovecho la ocasión para felicitar a las parroquias, a las cofradías, a Cáritas diocesana, a las instituciones de caridad promovidas por religiosos, porque habéis estado a la altura del momento histórico, que hemos vivido. No os canséis en esta labor. Hemos de superarnos más y más cada día. Cuando ejercemos la caridad con nuestros hermanos, no sólo se benefician los destinatarios; los beneficiados somos nosotros en primer lugar. Cuando hacemos el bien, nos sentimos bien. Cuando nos acercamos a los pobres, ellos nos evangelizan descubriéndonos valores que a veces olvidamos. Los pobres han tenido siempre un lugar preferente en la Iglesia, si miramos a la historia. Ellos han provocado los mejores carismas que perviven entre nosotros.

Salgamos al encuentro de las nuevas pobreza que genera nuestra sociedad de consumo y de placer (la explotación de tantas personas en su cuerpo o en su trabajo, el consumo alarmante de drogas que destrozan la persona, el alcoholismo y otras nuevas adicciones, la soledad de tantas personas que la vida deja en la cuneta, la avalancha de inmigrantes que se juegan la vida para poder sobrevivir, aunque a muchos de ellos se los haya tragado el mar, etc.). Cuando un joven o un adulto se acercan a una situación extrema de pobreza se le despiertan en su corazón capacidades que desconocía de sí mismo. La caridad no es un añadido de lujo o para personas que les sobra el tiempo. La caridad cristiana es una exigencia primaria de nuestro ser cristiano. El amor de Cristo es urgente, no podemos plantearnos situaciones de comodidad y confort para nosotros, cuando tantos hermanos nuestros –de cerca o de lejos- viven y mueren en condiciones infrahumanas, o simplemente se mueren de hambre. Cuánto bien nos hace Manos Unidas cuando nos recuerda incesantemente esta cruda realidad para que nosotros nos despojemos. Nuestro mundo occidental anestesiado por el placer debe despertar ante tantas necesidades que reclaman nuestra atención. Una parroquia, una comunidad, la Iglesia en definitiva, es de Cristo, si en ella los pobres son los preferidos.

Mirando el futuro con esperanza

Un pueblo unido jamás será vencido, sobre todo si esa unidad viene fraguada por la acción del Espíritu Santo, alma de la Iglesia, el Espíritu del amor. Podemos afrontar la hermosa tarea de la nueva evangelización si permanecemos unidos en la Iglesia, bajo la guía de nuestros pastores, en profunda comunión con el Papa, de

la mano de nuestros hermanos y hermanas consagrados, con todos los laicos de la diócesis.

Quién ha dicho que la Iglesia tiene una presencia insignificante en nuestra sociedad? Qué institución es capaz hoy de reunir a tantas personas como las que estamos aquí? Somos acaso un grupo residual? Somos una minoría étnica? No. Somos muchos, y muchísimos más que no han podido llegar hasta aquí hoy. Esta muchedumbre inmensa es de una calidad humana superlativa, es de lo mejor de nuestra sociedad. Y lo somos para servir la causa del Evangelio. Volvamos a nuestras parroquias, a nuestros grupos y comunidades, a nuestras cofradías y hermandades, a nuestros grupos de inspiración religiosa. Y volvamos con la gozosa sensación de haber vivido una Jornada en la que Dios ha estado presente y nos envía a anunciar a los hombres de nuestro tiempo que el amor vence al odio, que la unidad es superior al conflicto, que Dios está vivo en el corazón de muchos miles de jóvenes y adultos de nuestra diócesis. Gritemos con nuestra vida de fe que Jesucristo vive en su Iglesia, que un mundo sin Dios es un mundo en contra del hombre. Que los fieles laicos sean presencia de Dios en la vida pública, en las leyes, en las costumbres, en las instituciones. Sólo de esta manera un pueblo tiene futuro.

María Santísima, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, nuestra querida Madre acompaña a su Iglesia, nos acompañe a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos. Hoy la celebramos como Nuestra Señora del Rosario, en el año centenario de las apariciones de Fátima. Ella es la esperanza firme de este Pueblo, porque en ella Dios ha realizado lo que un día realizará en todos y cada uno de nosotros.

Amén.